

RESEÑAS

Sánchez Rodrigo, Lourdes, *La poética de los jardines. Santiago Rusiñol en Granada*. Granada, Publicaciones de la Delegación Cultura y Educación / Diputación de Granada, 2024, 325 pp. ISBN: 978-84-7807-3

La prosa y el lienzo, escritura y pintura a partir de un *fin de siècle* umbral de la convulsión originaria del arte moderno y contemporáneo y con acendrado arraigo en la cultura de expresión catalana, fueron los útiles de Santiago Rusiñol ((1861-1931), su doble «herramienta de búsqueda» (p. 197) de acuerdo con la autora del libro que nos ocupa. Con una continuada dedicación investigadora y crítica acerca del Modernismo catalán y en particular sobre la obra del polifacético artista barcelonés –con especial atención a su prosa poética, de entre cuyos volúmenes el de *Oracions* (1897), primer título de poemas en prosa aparecido en España, tradujo al castellano (Ellago Ediciones, 2005)– la Dra. Lourdes Sánchez Rodrigo (UGr) aborda con la presente entrega y por extenso su figura y producción literaria y pictórica. Lo hace desde la comunión, profunda y prolongada en el tiempo, habida por Santiago Rusiñol con su propia tierra, la de la aurora, Granada. Y lo desarrolla incidiendo en un doble plano, el que nos sitúa ante la evolución del autor modernista y el de la historia cultural y literaria, componente que nos es caro en especial cuando se indaga en las relaciones mantenidas entre intelectuales y artistas de expresiones castellana y catalana, espectro a cuyo favor la cronología entre finales del ochocientos y el primer tercio del novecientos fue muy fructífera y favorable al diálogo entre las tradiciones y las realidades lingüístico-literarias de la Península Ibérica.

Volumen de esmerada edición, es contenedor de un documentado estudio del nexo nacido y desarrollado entre Rusiñol y Granada como espacio humano y estético, al amparo del cual cabe seguir el itinerario que animó el crecimiento del artista y de su comprensión del arte en función de las fases y los estados que vivió como individuo; seguido de una antología de textos suyos con materia granadina o de inspiración e incidencia andaluza, unos ya publicados en castellano en vida del autor (*Cartas de Andalucía*, en *Impresiones de arte*, 1897; «Prólogo» a *Jardines de España*, 1903) y otros catalanes y con traducción al castellano por la autora del libro («Una juerga triste», 1897; tres de sus ya citadas *Oracions*; y dieciocho piezas del *Glosari*, de entre las publicadas por el autor en el semanario *L'Esquella de la Torratxa* y de 1909, 1917 y 1922); ambas partes acompañadas de una bibliografía que, tratándose tanto del Modernismo catalán como del propio escritor y pintor, acreedores de un reconocido corpus de referencia, tiene el valor añadido de aportar fuentes no siempre atendidas al focalizar su materia desde la órbita granadina y muy en función de la recepción del artista; y de la referencia a las treinta y ocho ilustraciones (lienzos, dibujos, fotografías, carteles, caricaturas) que jalonan el recorrido que propone la obra.

Desde esos vértices y merced a toda la documentación histórica y crítica consultada progresa su cuidada propuesta, articulada sobre la atención a los cinco viajes y estancias que en 1887, 1895, 1898, 1909 y 1922 Santiago Rusiñol realizara a y en Granada. Viaje de viajes, la trayectoria seguida y relatada nos lleva del joven visitante apenas conocido al que regresa como respetable figura, merecedora de todos los honores y partícipe activo de la vida cultural de la ciudad; de quien empezara por codearse con amistades hasta cierto punto

difíciles de documentar hasta quien es recibido como autoridad, anunciado por la repercusión en las publicaciones granadinas de las crónicas andaluzas que el autor había publicado en *La Vanguardia*, desde el primer viaje impactado sino seducido por los elementos componentes y la misma atmósfera del destino ya visitado, contándose además con la influencia que iba dejando en pintores y escritores locales. Asimismo nos concede atender a la progresión que va desde su acercamiento inicial en obras de pequeño formato sobre paisajes, tipos y motivos arquitectónicos y apenas conservadas pero ya dispuestas a superar el pintoresquismo y la tópica andalucista acumulada desde los testimonios de los viajeros románticos a propósito de la ciudad que le acoge, al pintor y escritor que en perfecto correlato de cuadros y textos deja definitivamente atrás el costumbrismo y, en palabras de la autora, con una «nueva mirada artística» (p. 48) aplica una moderna sensibilidad con la que se adentra en patios y jardines que traspasan en verdaderos «refugios artísticos» (p. 47), acabando ya en el límite de la centuria, marcado por un acendrado espiritualismo simbolistamente resuelto, por buscar y hallar una realidad trascendida en los jardines abandonados, apreciados como «paisajes del alma, del atardecer de la vida y de la vida del Arte» (p. 129). Quizás ante tal inmersión en pos de un ideal artístico evidenciada por los pasos dados en los tres primeros viajes, las estancias cuarta y quinta ya se nos muestran más a modo de crónica de lo que entonces pudo vivir Rusiñol como firma reconocida y que mantenía su influjo en una Granada que iba cambiando con respecto a la que le acogiera en las décadas anteriores y ante un ineludible cambio generacional que acabaría por dar una nueva aura a la ciudad de la Alhambra y del Generalife. Tras su última salida y de vuelta a Barcelona, Santiago Rusiñol se despediría literaria y nostálgicamente de aquellos sacrosantos lugares desde *L'Esqella de la Torratxa* (11-VIII-1922), recordando al joven de veintitrés años que llegó a pintar sus patios bajo un estado de, suyo es el término, «deslumbramiento» (p. 188). Merced a la memoria se trazaba así el anhelo de un viaje que se deseaba circular pero que, ante un más que improbable regreso, la realidad imponía como inalcanzable, dejando atrás otro paraíso perdido.

Aún en el trazado de aquel círculo que siempre pareciera devolver a Santiago Rusiñol a Granada e ir encajándola también por siempre en los segmentos y los sentimientos por los que pasara el devenir del artista, Lourdes Sánchez Rodrigo sabe enlazar las fases de tal itinerario con asuntos y circunstancias cuyas consideraciones redimensionan el periplo rusiñoliano. Algunas como posible contextualización de los hechos que se nos presentan, así y por ejemplo la revisión de la literatura de viajes suscitada por Granada o al remitir a los modelos de jardines establecidos o al abordar el estado y los criterios de restauración de la Alhambra; pero la función de, digamos, tales ampliaciones es más significativa pues ayuda la primera a apreciar el paso que supone la aportación del Rusiñol escritor a la hora de corregir la tópica y el discurso establecidos, la segunda a entender sus opciones estéticas en el avance hacia la trascendentalización del espacio visitado para ser pintado o escrito y la tercera al permitirnos situar ante los criterios coetáneos lo que el artista explicita allá por 1909 en el texto recogido en las páginas antológicas «La urbanización de la Alhambra» y aún tras su postrera visita en «De la Alhambra» (pp. 286-287, 292-294). En esa línea y por

circunstancial que parezca, apréciase como la puntual referencia que la autora puede hacer al excursionismo y al expedicionismo de la época hacia Sierra Nevada permite destacar la opción contraria por parte de Rusiñol que, por escrito o con el pincel, siempre opta por espacios y encuadres cerrados.

Dos puntos de los capítulos dedicados a los viajes tercero y quinto son muestra de la significación concedida a lo allí tratado merced al modo en que los aborda su autora. Uno (pp.107-121) agranda el horizonte de lo que hubiera podido quedar en una puntual mención. Se trata de las páginas dedicadas a la relación entre Ángel Ganivet y Santiago Rusiñol, quien, además de la fama que en 1898 ya le acompañaba, llegó a Granada precedido epistolarmente por la recomendación del primero a las personalidades de su círculo. Todo a partir de su encuentro en el Cau Ferrat, de las líneas de Ganivet sobre Rusiñol, del posible influjo de éste en según qué textos del primero, de las consideraciones del granadino sobre lo que el catalán había levantado en Sitges y su deseado nexo entre el Cau Ferrat y la Cofradía del Avellano a cuyos componentes dispusiera en su favor ante su viaje y futura llegada. En estas páginas se nos presenta, como quien dijera, un Rusiñol en Granada aún desde Cataluña gracias a la consonancia entre dos portentos, sí, y, no obstante, también existente entre ambos la disonancia en torno a cuestiones regeneracionistas, regionalistas y nacionalistas tanto en el discurso de Ganivet como en el contexto de la intelectualidad española que el texto no evita abordar en ajustadas líneas. Otro (pp. 175-188), ya en el extremo cronológico opuesto y enmarcando el adiós granadino de Rusiñol, aborda su llegada en 1922 para asistir al Concurso de Cante Jondo por invitación de Manuel de Falla. Pasando de nuevo por el Cau Ferrat, el texto nos acerca a los antecedentes de esta otra relación, se adentra en las aclaraciones que cabe hacer ante los márgenes de correspondencia y divergencia que plantean las obras de ambos. Pasa a evidenciar, según los planteamientos que movían a aquella convocatoria, que la obra de Rusiñol era un precedente a tener en cuenta y sigue los pasos del catalán por el evento, incluida la parodia del Concurso que también la hubo y en la que su nombre no dejó de verse envuelto, todo ello en el contexto de lo que era la realidad social de Granada. Clausurado el Concurso, ya conocemos la conciencia de adiós definitivo con que Rusiñol se despidió de Granada, de acuerdo con el texto ya mencionado. Si ahora acudimos de nuevo a las páginas antológicas del libro y recuperamos «El Cante Jondo» pulsaremos la ironía con que no dejó de ver y de oír la celebración a la que se le invitara, también la evocación del espacio que definitivamente abandonaba. En suma, con rigor y abriendo la materia ordenada a esos y otros muchos márgenes colaterales, es así como Lourdes Sánchez Rodrigo, siguiendo los pasos de Santiago Rusiñol a lo largo de treinta y cinco años, construye un fresco histórico acerca de una experiencia artística personalizada no exenta de proyección colectiva y que nos adentra en un cambio de centurias del cual siempre se vuelve a aprender el valioso pulso cultural que lo marcó.

Juan M. Ribera Llopis (UCM, RABLLB)